

2020, el año que vivimos en pandemia

Álvaro Revello

Consejo de Formación en Educación

Resumen

En este artículo, a partir de la conceptualización hecha por San Isidoro de Sevilla sobre la peste, me propongo realizar un recorrido a través de algunas de las formas que la peste ha tenido lugar en la Historia y en la Literatura. El contexto actual se impone como una experiencia que debe ser referida y pensada desde las producciones que se han publicado hoy. Por eso recorro el pensamiento de Giordano, Žižek y Harari, quienes nos ayudan a pensar para que la postura que predomine en el mundo globalizado no sea la de que cada país, cada individuo se las arregle solo. Y como señala muy bien Giordano “el contagio es una invitación a reflexionar y el tiempo de la cuarentena nos brinda la ocasión de hacerlo”.

Palabras clave: peste – pandemia – peste de Atenas – peste de Egina

2020, the year of the pandemic

Abstract

This article traces the articulations of the plague in History and Literature based on conceptualizations by San Isidoro de Sevilla. The present situation implies that the experience of the pandemic should be referred to and considered from the perspective of present-day productions. This is why the views by Giordano, Žižek and Harari are hereby taken into account since they allow thinking the problem and understanding that, in a globalised world, it implies more than simply letting each individual and nation solve it on its own. Giordano’s words may as well shed light on this stance: “infection is an invitation to reflect and the period of quarantine provides the occasion for that.”

Keywords: plague – pandemic – Athen’s plague – Egina’s plague

οὐρήας μὲν πρῶτον ἐπώχετο καὶ κύνας ἀργούς,
αὐτὰρ ἔπειτ' αὐτοῖσι βέλος ἔχεπευκὲς ἐφίεις
βάλλ': αἰεὶ δὲ πυραὶ νεκύων καίοντο θαμειαί.

Iliada I, 50 - 53

Golpes como del odio de Dios

César Vallejo

Los heraldos negros

Ninguna distancia nos puede separar.

Anónimo

Introducción

Hace unos días, cuando estaba dándole vueltas en la cabeza a cómo iban a discurrir mis ideas, me puse a leer un libro, *Iniciación a la Cabalá* de Philip Berg, un libro que me habían regalado hace unos años y que porfiadamente estaba en un estante de la biblioteca sin que aún hubiera sido tocado. Comencé a hojearlo y a interesarme por las ideas que se exponían cuando de pronto, sobrevino la sorpresa, allí estaba un señalador de color amarillento, que daba cuenta del tiempo que había permanecido atrapado entre las hojas, quizás esperando volver a recobrar el sentido. La inquietud y, tal vez, la sorpresa fue descubrir que se dibujaban “*queste parole di colore oscuro*”. Y en este año esas palabras son resignificadas porque el contexto que estamos viviendo nos obliga a pensar en ello.

Me propongo realizar un recorrido por diferentes textos y autores de ayer y de hoy por medio de los cuales establecer algún tipo de vínculo, si lo hay, pensando la circunstancia actual como una forma más de descubrir, a través de la historia, la filosofía y la literatura, la luz que nos ayude a comprender/nos y si comportara una instancia aprendizaje, tratar de determinar cuál podría ser. La exposición plantea un recorrido a partir de algunas de las fuentes literarias en las que se registró y testimonió la peste como materialización de un castigo divino enviada a un mundo en ruinas o como consecuencia de una enfermedad que, en algunos casos, no se conoció su origen ni su profilaxis.

Desde el momento que se declaró la pandemia en el mundo, todos sentimos que nuestras vidas cambiaban por completo porque el virus que amenazó y aún amenaza, nos sumergió en la más completa incertidumbre, al no saber cómo sería nuestra vida después de la Covid-19, si es que, en algún momento, retomaremos nuestras viejas costumbres.

No fuimos los únicos que tuvimos que padecer el azote de la peste. Sabemos que en el pasado histórico y mitológico, diferentes pueblos también se vieron enfrentados a una enfermedad devenida plaga, de la que la gente no escapó como nosotros ahora.

San Isidoro de Sevilla

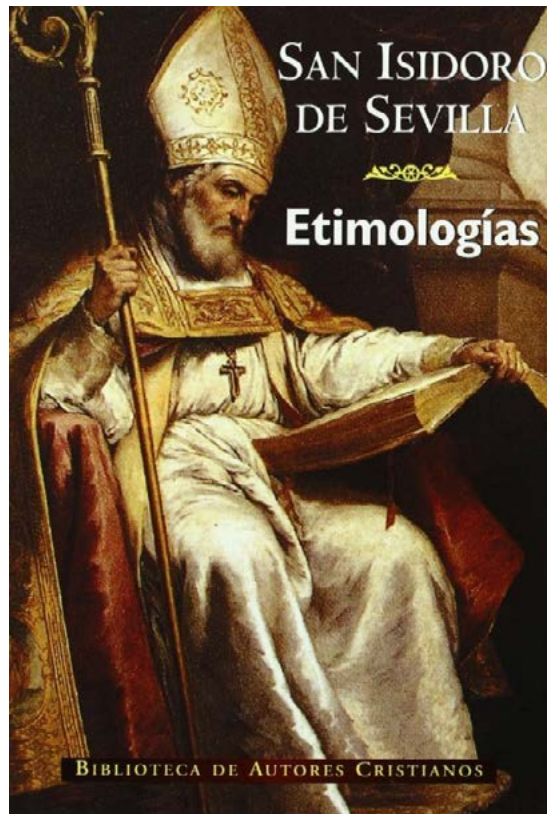
La obra de Isidoro de Sevilla (562-636 d. C.) responde a las necesidades y a las exigencias de su tiempo y trata de dar respuesta a los problemas que acuciaron a sus contemporáneos. En *Etimologías*, su vasta obra, se encuentran reunidos todos los campos del saber antiguo referidos mediante la explicación de los términos que los designan. Constituye una exposición de las palabras, objetos de significado, de cuanto existe y es una herramienta fundamental para conocer y comprender mejor el universo y el mundo que lo rodeaba. Los campos del saber a los que dedica su atención son: gramática, retórica y dialéctica, matemática, medicina, las leyes y los tiempos, los oficios eclesiásticos y la Iglesia, el hombre, la tierra, la agricultura y la guerra, entre otros.

Según San Isidoro en *Etimologías* (2009: IV, 6, 17-19) en el apartado dedicado a la medicina, señala que:

Peste es lo mismo que “contagio”, porque, cuando uno está afectado, al punto se lo transmite a los demás. Tiene su origen en el aire corrompido, y encuentra su campo de cultivo en las vísceras en que penetra. Aunque esta enfermedad está muchas veces provocada por las propiedades que el aire tiene, no ocurre nunca, sin embargo, sin la decisión de Dios omnipotente. Se la llama pestilentia, que viene a equivaler a pastulentia, porque depascat [devora] como un incendio, así [Virg., En. V, 683]: “La peste desciende por

todo el cuerpo”. Del mismo modo, “contagio” deriva de contingere, porque transmite la enfermedad al que toca (2009: 479).

Queda demostrada su intención al descubrir la descripción y explicación de la peste. Su obra fue leída y estudiada en la Edad Media junto a la Biblia, libros que inspiraron la formación de aquellos que se acercaron a la cultura y a la religión. En este caso, Isidoro define a la peste por la transmisión de la enfermedad, es decir, la idea de que el “aire corrompido” es el vehículo del contagio; el aire malsano es el responsable de su origen ya que encuentra un campo fértil en las “vísceras en las que penetra”. Y, como era de esperar, la peste queda sujeta a la voluntad de la divinidad porque es “Dios omnipotente” quién en pleno ejercicio de su voluntad divina, castiga a los hombres enviando plagas y enfermedades.



La peste de Atenas

Tucídides en *Historia de la guerra del Peloponeso* narra el enfrentamiento bélico entre la Liga del Peloponeso, liderada por Esparta contra la Liga de Delos, liderada por Atenas. Los primeros eran los lacedemonios, de origen dórico, quienes tenían una organización política de tipo feudal aristocrática. Eran conservadores y muy contrarios a las transformaciones impulsadas por sus vecinos del este. Además de Esparta, este bando estaba integrado por las ciudades de Corinto, Megara y Tebas. Los atenienses habían inaugurado un estado democrático innovador. El gobierno de Pericles había dado su impronta a la vida ateniense. En relativamente poco tiempo, Pericles había logrado hacer de Atenas el centro cultural y político de la Hélade. Pero su intención iba más allá de hacer de Atenas el centro político y económico, debía ser el centro de expansión de la *σοφία* porque gracias a ella, la educación elevaría a los ciudadanos hacia la plenitud y el desarrollo de sus capacidades.

Su obra lo señala como el creador de la historia política, pero con un espíritu ajeno a la política, a pesar de ello, fue el que registró con calidad la historia vivida en su propio tiempo. Wilhelm Nestle en su *Historia del espíritu griego* señala que:

sus concepciones se reconocen del modo más claro en la descripción de la peste que se declaró en Atenas durante el segundo año de las guerras del Peloponeso (430 a.C.- 429 a.C.) y que causó una mortalidad espantosa en la población ática hacinada en las barracas situadas entre las Murallas Largas. La creencia popular atribuía esas enfermedades epidémicas a Apolo, el cual manifestaba así su cólera por algún crimen

de los hombres en su ámbito religioso. Así se expresaba Homero (Íliada, I, 8) y así lo exponía Sófocles al principio del Edipo rey, escrito aún, evidentemente, bajo la impresión de la terrible catástrofe. Tucídides no pierde ni una sílaba en discutir esa explicación religiosa de la epidemia. Antes, al contrario: lo que subraya cuidadosamente es que todos los procedimientos religiosos imaginables que se pusieron en juego para conseguir de los dioses el fin de la epidemia, procesiones impetratorias y preguntas a los oráculos, no sirvieron para nada. Hombres piadosos y hombres impíos, justos y soberbios morían igualmente. Tucídides se limita a decir que la epidemia empezó en Etiopía, penetró en Egipto y en Libia, y llegó de allí a Atenas con los barcos que entraban en el puerto del Pireo. Luego describe con el detalle de un médico —él mismo sufrió la enfermedad— los síntomas de la epidemia, su origen en el vientre, su progresiva difusión por todo el cuerpo, la fiebre que provoca una sed implacable, su duración y el momento de la crisis, lo poco frecuentes que eran las recaídas, los efectos de la enfermedad en los animales, especialmente en los perros y en las aves, y el llamativo retroceso de otras enfermedades durante el dominio de la epidemia. También presta atención a las perturbaciones psíquicas producidas por la enfermedad, por ejemplo, la llamada ceguera psíquica, por la que muchos pacientes no se reconocen a sí mismos ni a sus parientes, aunque físicamente ven de modo correcto; o el general desánimo que favoreció el efecto de la enfermedad por falta de capacidad anímica de resistencia; y la terrible desmoralización de los hombres, que no vacilaban ya ante ningún crimen y solo deseaban gozar del instante, puesto que la vida podía terminar en el momento siguiente. Toda la terminología médica de que se sirve Tucídides puede documentarse con los escritos hipocráticos (1975: 170-171).

En el Libro II, apartado VIII, Tucídides se refiere a la peste y realiza una descripción detallada y realista de lo ocurrido y cómo se fue propagando entre los habitantes de Atenas:

Pocos días después sobrevino a los atenienses una epidemia muy grande, que primero sufrieron la ciudad de Lemnos y otros muchos lugares. Jamás se vio en parte alguna del mundo tan grande pestilencia, ni que tanta gente matase. Los médicos no acertaban el remedio, porque al principio desconocían la enfermedad, y muchos de ellos morían los primeros al visitar a los enfermos. No aprovechaba el arte humana, ni los votos ni plegarias en los templos, ni adivinaciones, ni otros medios de que usaban, porque en efecto valían muy poco; y vencidos del mal, se dejaban morir. Comenzó esta epidemia (según dicen) primero en tierras de Etiopía, que están en lo alto de Egipto; y después descendió a Egipto y a Libia; se extendió largamente por las tierras y señoríos del rey de Persia; y de allí entró en la ciudad de Atenas, y comenzó en el Pireo, por lo cual los del Pireo sospecharon al principio que los peloponesios habían emponzoñado sus pozos, porque entonces no tenían fuentes. Poco después invadió la ciudad alta, y de allí se esparció por todas partes, muriendo muchos más (1998: 117).

A propósito de la descripción que hace de la peste, observamos que este primer historiador del mundo antiguo es un observador atento y lúcido de los hechos que expone; y es un testigo privilegiado de los sucesos que narra. Descubrimos a un historiador que tiene claras intenciones de colaborar con la medicina para que sus apreciaciones y observaciones contribuyan a la comprensión de esta enfermedad y al descubrimiento del antídoto que ponga fin a ese largo sufrimiento.

Quiero hablar aquí de ella para que el médico que sabe de medicina, y el que no sabe nada de ella, declare si es posible entender de dónde vino este mal y qué causas puede haber para hacer de pronto tan gran mudanza. Por mi parte diré cómo vino; de modo que cualquiera que leyere lo que yo escribo, si de nuevo volviese, esté avisado, y no pretenda ignorancia. Hablo como quien lo sabe bien, pues yo mismo fui atacado de este mal, y vi los que lo tenían. Aquel año fue libre y exento de todos los otros males y enfermedades, y si algunos eran atacados de otra enfermedad, pronto se convertía en ésta. Los que estaban sanos, veíanse súbitamente heridos sin causa alguna precedente que se pudiese conocer. Primero sentían un fuerte y excesivo calor en la cabeza; los ojos se les ponían colorados e hinchados; la lengua y la garganta sanguinolentas, y el aliento hediondo y difícil de salir, produciendo continuo estornudar; la voz se enronquecía, y descendiendo el mal al pecho, producía gran tos, que causaba un dolor muy agudo; y cuando la materia venía a las partes del corazón, provocaba un vómito de cólera, que los médicos llamaban apocatarsis, por el cual con un dolor vehemente lanzaban por la boca humores hediondos y amargos; seguía en algunos un sollozo vano, produciéndoles un pasmo que se les pasaba pronto a unos, y a otros les duraba más. El cuerpo por fuera no estaba muy caliente ni amarillo, y la piel poníase como rubia y cárdena, llena de pústulas pequeñas; por dentro sentían tan gran calor, que no podían sufrir un lienzo encima de la carne, estando desnudos y descubiertos. El mayor alivio era meterse en agua fría, de manera que muchos que no tenían guardas, se lanzaban dentro de los pozos, forzados por el calor y la sed, aunque tanto les aprovechaba beber mucho como poco. Sin reposo en sus miembros, no podían dormir, y aunque el mal se agravase, no enflaquecía

mucho el cuerpo, antes resistían a la dolencia, más que se puede pensar. Algunos morían de aquel gran calor, que les abrasaba las entrañas a los siete días, y otros dentro de los nueve conservaban alguna fuerza y vigor. Si pasaban de este término, descendía el mal al vientre, causándoles flujo con dolor continuo, muriendo muchos de extenuación.

Esta infección se engendraba primeramente en la cabeza, y después discurría por todo el cuerpo. La vehemencia de la enfermedad se mostraba, en los que curaban, en las partes extremas del cuerpo, porque descendía hasta las partes vergonzosas y a los pies y las manos. [...] Que esta epidemia fuese más extraña que todas las acostumbradas, lo acredita que las aves y las fieras que suelen comer carne humana no tocaban a los muertos, aunque quedaban infinidad sin sepultura; y si algunas los tocaban, morían. Pero más se conocía lo grande de la infección en que no aparecían aves, ni sobre los cuerpos muertos, ni en otros lugares donde habían estado; ni aun los perros que acostumbraban andar entre los hombres más que otros animales; de lo cual se puede bien conjeturar la fuerza de este mal (Tucídides: 117-118).

Sin llegar a establecer claramente el origen de la peste, porque toda posible causa la debemos ubicar en el terreno de la especulación, Tucídides se ocupa de atender a la sintomatología de la plaga. Y para ello reparará en los lugares comunes: el origen de la enfermedad, el contagio y la transmisión, las reacciones físicas del cuerpo y la ignorancia del *φάρμακον*.

Tucídides se afirmó como testigo que registró las transformaciones de su tiempo y que a su juicio eran lo suficientemente importantes como para que fueran transmitidas a la posteridad. Por supuesto que tuvo en cuenta los intereses de la comunidad a la que pertenecía; por tal razón predominó el registro de los acontecimientos políticos y militares, así como, en este caso en particular, la observación, el reconocimiento preciso y detallado de la calamidad que supuso para Atenas la peste y que él también contrajo.

Además de todos estos males, fue también causa la epidemia de una mala costumbre, que después se extendió a otras muchas cosas y más grandes, porque no tenían vergüenza de hacer públicamente lo que antes hacían en secreto, por vicio y deleite. Pues habiendo entonces tan grande y súbita mudanza de fortuna, que los que morían de repente eran bienaventurados en comparación de aquellos que duraban largo tiempo en la enfermedad, los pobres que heredaban los bienes de los ricos, no pensaban sino en gastarlos pronto en pasatiempos y deleites, pareciéndoles que no podían hacer cosa mejor, no teniendo esperanza de gozarlos mucho tiempo, antes temiendo perderlos en seguida y con ellos la vida. [...] Y pues la cosa pasaba así, les parecía mejor emplear el poco tiempo que habían de vivir en pasatiempos, placeres y vicios. En esta calamidad y miseria estaban los atenienses dentro de la ciudad, y fuera de ella los enemigos lo metían todo a fuego y a sangre. Traían a la memoria muchos antiguos pronósticos y respuestas de los oráculos de los dioses que apropiaban al caso presente y entre otros un verso que los ancianos decían haber oído cantar y que había sido pronunciado en respuesta del oráculo de los dioses, que decía:

Vendrá la guerra doria,
creed lo que decimos,
y con ella vendrá Limos (Tucídides:118-119)

La mirada, en este momento, se detiene en las repercusiones morales que esta enfermedad provocó en sus habitantes. El vacío y el silencio producido por la peste provocan el descaecimiento de una sociedad que se preció de la *παιδεία* como la forma de alcanzar la elevación del cuerpo y del espíritu. Pero en tiempos tan difíciles como lo fueron la guerra y la peste, los hombres, abismados frente a la nada absoluta que implicó la enfermedad y la muerte, se sumergieron en las prácticas y los usos que llevan a la ruina moral de los hombres.

Los versos que se encuentran al final de la cita, y a los que se refiere el historiador, están tomados de un antiguo oráculo en los que se señala que la guerra vendrá acompañada de destrucción, muerte y hambre, ya que *Λίμος* era en la mitología griega la personificación del hambre y se creyó que era hija de Eris, la discordia.

María del Pino Carreño (2019: 2), recordando a las palabras de Rechenauer, señala que el relato de la peste no se trata de un pasaje aislado con información médica, sino que está ligado de una manera orgánica con el resto de la composición sobre la guerra del Peloponeso. Para este autor, la enfermedad física de la población presagia el declive del poder ateniense, que podría entenderse como la enfermedad de un organismo político. Tucídides (1998) describe el proceso por el cual la violencia social y política socava la razón, con la peste como catalizador que aceleró el proceso.

Debido al contagio, la peste fue asunto de toda la población, y no solo de unos pocos, por lo que la destrucción del orden abarcó todas las facetas de la vida en la polis, de tal forma que podría hablarse del co-

lapso de una sociedad como consecuencia del proceso de infección. Tucídides utiliza el motivo de la violencia aniquiladora de la enfermedad para conectar la epidemia con su tema político principal, la guerra.



Miniatura de la Biblia de Toggenburg (1411), *Enfermos de la peste negra*.

Según Tucídides, la plaga se originó en Etiopía, desde donde se expandió a Egipto, Libia y parte del imperio persa. Atacó la isla de Lemnos y otros lugares antes de penetrar por el puerto del Pireo, y desde allí se extendió por toda la ciudad. Carreño observa que

el historiador; en su relato, no especula sobre la causa de la enfermedad, pero en ningún momento la supone efecto de deidades ofendidas. Se transmitía de persona a persona y los médicos y los cuidadores eran víctimas habituales de la enfermedad. La perspicacia del historiador va más allá pues, en otro párrafo señala que los enfermos que sobrevivían no volvían a enfermarse, con lo cual, sin saberlo (ya que solo lo observó y no entendió la fisiología), enunció las bases de la inmunidad adquirida (2019: 4).

El texto tucidideo permite conocer por primera vez en el relato histórico y literario, el testimonio que este testigo de los hechos realiza de la peste que asoló a Atenas en el año 431 a.C. y que los teóricos abordaron desde diferentes perspectivas: filológica, histórica, médica, arqueológica.

La peste de Egina

En *Metamorfosis* VII, 523-613 del romano Ovidio, encontramos el pasaje que refiere a la peste de Egina. Un relato mitológico en el que se escuchan los ecos de las pestes narradas por el bardo en la *Iliada* o en la ciudad de Tebas en *Edipo tirano*. El período de la helenización de Roma fue clave y, por eso, podemos afirmar que Ovidio leyó a Tucídides, porque la descripción que hace de la peste de Egina tiene ecos de la referida por el historiador griego. Esta fue la última obra concebida por el poeta antes de la *relegatio* (8 d.C.) que supo sufrir intensamente el poeta desde que Augusto lo enviara al exilio, a una tierra lejana, oscura y tan diferente a su amada Roma, allá en Tomis.

Metamorfosis reúne multiplicidad de géneros y su hibridación surge, precisamente, del cruce de distintas formas poéticas y de los diferentes géneros que aborda. Allí encontramos la manera en que Ovidio, a través de su talento poético, conjuga los elementos codificados en los géneros literarios conocidos en su época, construyendo una suerte de caleidoscopio capaz de reflejar variadas y cambiantes realidades. A lo largo de la obra, el lector asiste al encuentro de distintas formas de metamorfosis que se inscriben dentro de temas que son recurrentes. En el relato que nos proponemos estudiar, la noción de transformación surge como resultado de la violencia ejercida sobre el cuerpo de la mujer, perpetrada por los dioses o los varones reputados por el honor y por sus virtudes. De esta manera el relato mítico advierte acerca de los sucesos que desencadenaron

la peste de Egina¹ y, como en múltiples ocasiones, aquí también los habitantes de la isla se enfrentan al odio de la inflexible Hera.

Éaco lanzó un gemido y con entristecida voz habló así: ¡A un lamentable comienzo le siguió una mejor fortuna; ojalá pudiera yo recordaros esta sin aquél! Ahora lo contaré punto por punto y, para no entreteneros con largos circunloquios, yacen como huesos y cenizas aquellos a los que echas en falta en tu memoria; ¡y cuán gran parte de mis posesiones pereció al desaparecer ellos!

Una cruel calamidad cayó sobre los pueblos por la cólera de la hostil Juno, que odia las tierras que llevan el nombre de su rival. Mientras que pareció un mal propio de mortales y estaba oculto el dañino motivo de la plaga, se luchó con el arte de la medicina; la muerte sobrepasaba el auxilio que yacía vencido. Al principio, el cielo ocultó la tierra con una densa oscuridad y encerró en las nubes los perezosos ardores y, mientras por cuatro veces la luna completó su disco juntando sus cuernos, por cuatro veces menguando destejió un disco lleno, calientes austros soplaron ardores portadores de muerte. Está claro incluso que el mal llegó a las fuentes y a los lagos y que muchos miles de serpientes vagaron por los campos sin cultivar y con sus venenos emponzoñaron los ríos. Con la muerte de perros en primer lugar, de aves, ovejas y bueyes y en las fieras se descubrió el poder de la repentina enfermedad. El desgraciado campesino se admira de que en medio de la faena caigan los fuertes toros y se tumben en mitad del surco; a los lanudos rebaños, que profirieron enfermizos válidos, se les cae por sí mismas las lanas y sus cuerpos se corrompen; el caballo, en otro tiempo brioso y de gran fama en el polvo, pone en entredicho las palmas de la victoria y, olvidándose de sus antiguos honores, gime junto al pesebre pronto a morir con una muerte sin actividad. [...] Diré algo asombroso: no los tocaron ni los perros ni las aves voraces, se perjudican con su hedor y extienden lejos su contagio. Con mayor daño llega la peste a los desgraciados campesinos y se adueña del recinto de la gran ciudad. En primer lugar, se abrazan las entrañas y el enrojecimiento es indicio de la llama que se oculta y también del aliento que se produce; la lengua se hincha áspera por el fuego de la fiebre y las bocas se abren reseca por la ardiente respiración, y se recoge un aire pesado al inspirar. No pueden soportar ningún lecho, ningún ropaje, sino que colocan en la dura tierra su pecho, y el cuerpo no se enfría con el suelo, sino que el suelo arde por el calor del cuerpo y no hay nadie quien pueda aliviar, y la cruel plaga se lanza contra los mismos que la curan y los conocimientos son un obstáculo para los que los ejercen. Cuanto más cercano está alguien y con más fidelidad cuida de un enfermo, más rápidamente llega a participar de la muerte, y, cuando la esperanza de salvación se aleja y ven el fin de la enfermedad en el entierro, se entregan a sus estados de ánimo y no se preocupan de lo que es útil; en efecto, nada hay útil. Por todas partes y perdido el recato, se pegan a las fuentes y a los ríos y a los anchos pozos y, al beber, su sed no se extingue antes que la vida. [...] cada uno huye de su hogar y cada uno le parece su propia casa una trampa mortal y, puesto que el motivo está oculto, consideran culpable su pequeño sitio. Se les podría ver vagabundear medio muertos por las calles mientras tenían fuerzas para estar de pie, a otros llorando y tendidos en tierra y gritando y en un último movimiento de sus ojos y tienden sus miembros hacia los astros del cielo que le cae encima, exhalando su último suspiro aquí y allí, donde la muerte los ha apresado.

¿Qué ánimo tenía yo entonces? ¿O cuál debía tener, a no ser odiar la vida y desear ser parte de los míos? A cualquier lugar a donde se dirigía mi vista, allí estaba tendido el pueblo, como cuando caen las manzanas maduras al ser movidas las ramas y las bellotas de la zarandeada encina. Ves enfrente un templo que se eleva sobre amplia escalinata (Júpiter lo posee): ¿quién no ofreció vanos inciensos a aquellos altares? ¡Cuántas veces, mientras pronuncia palabras suplicantes un esposo por su esposa, un padre por su hijo, no acabó su vida en unos altares a los que se suplicaba y en su mano se encontró sin consumir parte del incienso! ¡Cuántas veces, mientras el sacerdote recita las plegarias y vierte vino puro entre los cuernos, toros traídos a los templos cayeron de un golpe no esperado! Al hacer, yo mismo, sacrificios a Júpiter por mí, por mi patria y por mis tres hijos, la víctima emitió un temible gemido y, desplomándose de repente sin ningún golpe, tiñó con muy poca sangre el cuchillo puesto debajo. También sus enfermas entrañas habían perdido las señales de la verdad y las advertencias de los dioses: la siniestra enfermedad penetra hasta las vísceras. He visto cadáveres arrojados ante los sagrados postigos, ante los propios altares, para que la muerte fuese más odiosa. Unos cortan su vida con un lazo y ahuyentan el temor a la muerte con la muerte e invocan por propia iniciativa el destino que llega. Los cuerpos enviados a la muerte no son llevados según la costumbre en ningún entierro, pues ni las puertas daban abasto a los entierros; o agobian la tierra sin enterrar o son entregados a elevadas piras sin honra. Y ya no hay ningún respeto y luchan por las piras y arden en fuegos

1 Grimal (2008) en Diccionario de mitología plantea: “Egina es hija del dios-río Asopo. Fue amada por Zeus, que la raptó. Su padre recorrió Grecia en busca del raptor, pero solo pudo encontrarla gracias a la denuncia de Sísifo. Zeus se llevó a Egina a la isla de Enone, donde le dio un hijo, Éaco. A partir de allí la isla tomó el nombre de la joven raptada. Hera, al darse cuenta de la infidelidad de su esposo, envió una terrible plaga que diezmó a la población de la isla como castigo”.

ajenos. No hay quienes les lloren y errantes sin ser lloradas van las almas de hijos y maridos, de jóvenes y viejos, y no hay bastante lugar para túmulos ni suficientes árboles para los fuegos (Ovidio: 448-452).

Además de lo dicho anteriormente con respecto a la fuente histórica sobre la que Ovidio trabajó para la elaboración de este pasaje, también debemos reconocer las fuentes poéticas que contribuyeron con su redacción, Lucrecio y Virgilio, en *De rerum natura* (VI, 1138-1286) y en *Georgica* (III, 478-566), fuentes literarias que contribuyeron a recrear los sucesos.

En este caso, como antes había hecho Virgilio en el Libro II de *Aeneis*, el poeta cede la palabra al personaje Éaco que expresa su dolor y tristeza por la gran calamidad que se batió sobre los habitantes de la isla de Egina. Como en otras ocasiones –Poseidón, Atenea o Hera–, la cólera de la diosa se materializa a través de la peste que se envía como castigo por una falta cometida por los hombres o, como en este caso, por un dios que se burla una vez más de su celosa esposa Juno. Motivada por el odio y la venganza castiga a “las tierras que llevan el nombre de su rival” (2009: 449). El poeta por medio del relato de Éaco alude a los métodos con los que se intentó poner remedio a la plaga: el arte de la medicina. La oscuridad y el ardor son los síntomas que, tierra y cuerpos juntos, muestran los efectos de la peste. El tiempo está referido a través de las fases de la luna y todo el ambiente rebosa de los “ardores portadores de muerte” (2009:449). Así como antes Homero describió la peste que Apolo enviara a los aqueos por la ofensa cometida contra el anciano Crises, también aquí la enfermedad comienza por los animales para luego transmitirse a los hombres. El mundo campesino, siempre presente en la poesía latina, también es aludido a través de la actividad rural y de los animales que contribuyen a la faena y labor de los labriegos. Los fuertes toros caen rendidos por la enfermedad y la muerte; también los rebaños se ven diezmados por la peste; los caballos “gimen junto al pesebre” (2009:449).

Pero la tensión va en aumento cuando el poeta se detiene a precisar los estragos que la peste causa a los “desgraciados campesinos”. Como si un médico tratara de establecer la sintomatología de la peste, se van describiendo los síntomas y las consecuencias de la enfermedad: enrojecimiento de las mejillas, fiebre intensa, sequedad en la boca y ardiente respiración; este es el cuadro clínico en el que Ovidio repara. Y lo que es peor, también como en el presente de esta pandemia asistimos a la visión de que “la cruel plaga se lanza contra los mismos que la curan” (2009:450).

La desazón de Éaco se pone en evidencia por el un profundo patetismo y las preguntas retóricas dan cuenta de ello porque siente que no hay escapatoria ni salida frente a este castigo enviado por Juno. Siente que los dioses los han abandonado; las plegarias y sacrificios realizados son estériles y las víctimas que marchan al sacrificio mueren antes contaminadas de la terrible enfermedad. Las imágenes descarnadas de la muerte golpean duramente porque, aquí la conexión con los acontecimientos que vivimos hoy, adquieren un gran significado y alcance. Los cuerpos no son “llevados según la costumbre en ningún entierro, pues no daban abasto [...] agobian la tierra sin enterrar o son entregados a elevadas piras sin honras” (2009:451).

Sea cual fuera la intención del poeta romano al concebir y dar forma a esta vasta obra, los mecanismos y procedimientos, el uso de las fuentes a las que recurrió, el ingenio, la habilidad, la maestría, la gracia y el humor hicieron que esta obra hiciera realidad las palabras con las que Ovidio finaliza:

Que cuando quiera aquel día, que no tiene ningún derecho a no ser sobre este cuerpo, ponga fin al transcurso de mi insegura vida: sin embargo, en la mejor parte de mí seré llevado eterno por encima de los elevados astros, y mi nombre será imborrable y, por donde se extiende el poderío romano sobre las domeñadas tierras, seré leído por la boca del pueblo, y a lo largo de todos los siglos, gracias a la fama, si algo de verdad tienen los vaticinios de los poetas, viviré (XV, 873-879).

Pero la verdadera pandemia en el mundo antiguo griego fue la *hybris*. Tenemos noticias de todos los castigos que los dioses infligieron a los mortales hombres a causa de sus excesos. Con crueldad se castiga y se da a conocer a los mortales que los excesos cometidos se pagan, en ocasiones hasta con la vida. El historiador Heródoto la define así:

Los dioses fulminan a los hombres que sobresalen, sin permitir que se jacten de sus dones, que no son suyos. En cambio, los pequeños no despiertan sus iras. Los rayos de Zeus golpean los mayores edificios y los árboles más altos, pues el cielo abate lo que descuella en demasía (Historia: VIII, 10).

Del mismo modo, Hesíodo, en *Trabajos y días* señala que:

muchas veces toda una ciudad carga con la culpa de un malvado cada vez que comete delitos o proyecta barbaridades. Sobre ellos desde el cielo hace caer el Cronión una terrible calamidad, el hambre y la peste juntas, y sus gentes se van consumiendo (2006: 241-244).

El vacío y el silencio producido por la peste se convertirá en otro tópico literario.

En tiempos de contagio

Paolo Giordano, licenciado en Física Teórica, irrumpió en la escena literaria hace ya unos años con *La solitudine dei numeri primi* (2008) por el que recibió varios premios, entre ellos el Strega en el año 2008. Este 2020 no ha pasado inadvertido para ningún habitante del planeta, y por supuesto, la pluma de este escritor estuvo ocupada en discurrir acerca de un problema acuciante que se manifestó rápidamente en su país y en el mundo y, desde febrero, se puso a reflexionar para tratar de entender lo que está sucediendo.

Giordano señala en el comienzo de esta obra de carácter ensayístico, un sentimiento al que todos somos sensibles: el miedo. Sobre este sentimiento se han referido muchos pensadores; en el actual contexto fue experimentado por todas las personas que viven la posibilidad del contagio con un profundo miedo a morir.

No tengo miedo de caer enfermo. ¿Y de qué tengo miedo? De todo lo que el contagio puede cambiar. De descubrir que el andamiaje de la civilización que conozco es un castillo de naipes. De que todo se derrumbe, pero también de lo contrario: de que el miedo pase en vano, sin dejar ningún cambio tras de sí (Giordano, 2020: 25).

Como a este escritor, y como a tantos de nosotros, la pandemia nos ha hecho pensar y tratar de comprender lo que sucedía: el origen del virus, la teoría de la conspiración, las causas de la rápida propagación a lo largo y ancho del planeta, las diferentes vacunas probadas con dudosa aplicación y resultados.

La pandemia de Covid-19 va camino de convertirse en la emergencia sanitaria más importante de nuestra época. No es la primera ni la última, ni siquiera la más espeluznante (es probable que al terminar no haya causado más víctimas que otras muchas); sin embargo, luego de tres meses de su aparición ya ha marcado un hito: el Sars-Cov-2 es el primer virus que logra extenderse así de rápido a escala mundial.

Mientras que otros muy parecidos, como su predecesor el Sars-Cov, se contuvieron en poco tiempo, y algunos como el VIH llevan años acechando en las sombras, el Sars-Cov-2 ha sido más audaz, y su desfachatez nos ha revelado algo que ya sabíamos, pero no lográbamos calibrar del todo: la pluralidad de niveles en que estamos conectados los unos a los otros, así como la complejidad del mundo que habitamos, de sus dinámicas sociales, políticas, económicas e incluso interpersonales y psíquicas.

Escribo esto un extraño 29 de febrero, un sábado de este año bisiesto. El número de casos confirmados en el mundo ha superado los ochenta y cinco mil, de los cuales casi ochenta mil se concentran en China, y ya han muerto cerca de tres mil personas. Hace prácticamente un mes que esta peculiar contabilidad acompaña mis días: ahora mismo tengo frente a mí el mapa interactivo de la Universidad Johns Hopkins, que indica las zonas de propagación con círculos rojos sobre un fondo gris. (Quizá tendrían que haber seleccionado otros colores menos alarmistas, pero ya se sabe: los virus son rojos, igual que las emergencias). A estas alturas, China y el sudeste asiático ya han desaparecido bajo una enorme mancha; sin embargo, toda la superficie terrestre está moteada de rojo, y este sarpuillido no hará más que empeorar (Giordano, 2020: 9-10).

La reflexión de Giordano discurre a la manera de que quien observa la realidad en la que está y estamos inmersos, asumiendo una postura crítica. Entender lo que ocurre hoy es prioritario, entre otras, cosas para mitigar los embates de la incertidumbre que la ‘peste’ provoca. La diferencia frente a episodios de la historia pandémica mundial anterior es que, en el pasado, por ejemplo, en el año 1453, cuando se desató la Peste negra, los europeos no sabían a qué se enfrentaban, cuál era su origen, su forma de transmisión. Solamente observaron los síntomas y constataron la presencia de la muerte multiplicada exponencialmente y distribuida a la población de toda clase y condición social. Se reunían en las iglesias para clamar auxilio a Dios, pero no sabían que la multitud hacía que el contagio fuera aún peor y las cifras de muertos eran enormes.

Hoy la situación es bastante diferente. El avance de la ciencia hizo posible que en poco tiempo se supiera cuál era el virus y, más allá de la especulación primaria, se pudo determinar cuáles eran las formas de transmisión y de contagio. También esta pandemia nos ha enfrentado a una realidad que desde el punto de vista económico, ambiental, social y político debemos analizar a la luz del fenómeno de la globalización. También

es global esta pandemia y no lo fue así en el pasado. Slavoj Žižek (2020:61) dice a este respecto que “encontramos aquí una paradoja: cuanto más conectado está nuestro mundo, más posibilidades hay de que un desastre local provoque el miedo global y con el tiempo una catástrofe”.



Paolo Giordano

Giordano insiste en explicar la razón que motivó la escritura de esta pequeña obra:

He decidido dedicar este vacío a escribir para mantener a raya las especulaciones funestas y buscar una mejor manera de encarar todo esto: a veces, la escritura consigue actuar como un lastre que nos mantiene los pies en el suelo. Pero existe también otra razón: no quiero perderme lo que la epidemia está revelándonos acerca de nosotros mismos. Como suele ocurrir, una vez superado el miedo desaparecerá también la posibilidad de tomar conciencia (2020:11-12).

En términos hegelianos, Giordano agrega que la experiencia del contagio y de la pandemia debe servir para pasar de un estadio a otro en la evolución y desarrollo de la conciencia, porque a cada estadio de la evolución de la conciencia corresponde un estado de la evolución del espíritu. En ese proceso de desarrollo y del recorrido hegeliano se arribará a la autoconciencia como una forma de reflexión sobre el mundo sensible y percibido.

Así pues, el contagio es una invitación a reflexionar y el tiempo de la cuarentena nos brinda la ocasión de hacerlo. Pero ¿reflexionar sobre qué? Sobre el hecho de que no solo somos parte de la comunidad humana, sino que somos la especie más invasiva de un ecosistema frágil y magnífico (2020: 57).

Justamente, su libro reúne 27 breves meditaciones que este científico y humanista, sensible a la situación del confinamiento que vivió Italia en la primera ola de contagios, reflexionó acerca del papel que el ser humano juega en el mundo y que tiene que ver, precisamente, con la idea de que la humanidad es percibida como el mayor depredador del planeta en el que vive. Esta idea planteada por varios filósofos, vuelve con mayor empuje cuando Harari expresa que:

en el pasado conseguimos el poder para manipular el mundo que nos rodeaba y remodelar el planeta entero, pero debido a que no comprendíamos la complejidad de la ecología global, los cambios que hicimos involuntariamente alteraron todo el sistema ecológico, y ahora nos enfrentamos a un colapso ecológico.

En tiempos de contagio somos parte de un único organismo; en tiempos de contagio volvemos a ser una comunidad (2018: 36).

De las páginas de la obra que nos ocupa, se desprende una apuesta clara a la confianza y a la esperanza en el hombre, porque en él está el problema, pero también la solución. Y no deja de hacernos pensar que el futuro es con todos y no solamente con algunos. Mientras que la mirada que prime sea la individual, estaremos perdidos como humanidad. La idea aristotélica de la búsqueda del bien común, cobra especial significado en el presente porque, solo desde esa postura, todo esfuerzo habrá valido la pena. Žižek recoge las palabras de Martin Luther King de hace más de medio siglo: “Puede que todos hayamos llegado en diferentes embarcaciones, pero ahora estamos todos en el mismo barco” (2020: 23).

En la Meditación XVII de 1624 el poeta John Donne escribía “ningún hombre es una isla”. Estas palabras se proyectan al presente porque, quizás, como señala Giordano “traen al corazón sabiduría para no permitir que tanto sufrimiento sea en vano” (2020: 74).

*No man is an island,
Entire of itself,
Every man is a piece of the continent,
A part of the main.
If a clod be washed away by the sea,
Europe is the less.
As well as if a promontory were.
As well as if a manor of thy friend's
Or of thine own were:
Any man's death diminishes me,
Because I am involved in mankind,
And therefore never send to know for whom the bell tolls;
It tolls for thee.*

Ningún hombre es una isla
entera por sí mismo.
Cada hombre es una pieza del continente,
una parte del todo. Si el mar se lleva una porción de tierra,
toda Europa queda disminuida,
como si fuera un promontorio,
o la casa de uno de tus amigos,
o la tuya propia. la muerte de cualquiera me afecta,
porque me encuentro unido a toda la humanidad;
por eso, nunca preguntes por quién doblan las campanas;
doblan por ti.

John Donne (1572-1631)

Referencias bibliográficas

- Carreño Guerra, María del Pino (2019). “Guerra y peste en Atenas. Revisión sobre el posible origen de la epidemia ateniense de 430-426 a.C”, *Asclepio*, 71(1), pp. 249-264.
- Giordano, Paolo (2020). *En tiempos de contagio*. Nicolás Pastor Durán (trad.) Montevideo: Salamandra.
- Grimal, Pierre (2008). *Diccionario de mitología*. Madrid: Paidós.
- Harari, Yuval N. (2018). *21 lecciones para el siglo XXI*. Montevideo: Penguin Random House.
- Heródoto (1998). *Historia Libro VIII*. Madrid: Gredos.
- Hesíodo (2006). *Trabajos y días*. Madrid: Gredos.
- Nestle, Wilhelm (1975). *Historia del espíritu griego*. Barcelona: Ariel.
- Ovidio (2007). *Metamorfosis*. Madrid: Cátedra.
- Sevilla, San Isidoro de (2009). *Etimologías*. Madrid: BAC.
- Tucídides (1998). *Historia de la guerra del Peloponeso*. Madrid: Gredos.
- Žižek, Slavoj (2020). *Pandemia*. Barcelona: Anagrama.